

UNA MISIÓN DE ESTUDIOS AL PARAGUAY (1)

I

BIOGEOGRAFÍA REGIONAL

Enviado en misión de estudios al Paraguay por el Gobierno Francés, mi proyecto primitivo era el estudio de la fauna y de la etnografía del Chaco. Los acontecimientos actuales no me han permitido realizar integralmente este programa. Por ello, después de haber pasado seis meses en el Chaco, me consagré durante todo este año a estudiar el Alto Paraná.

El Chaco constituye un tema de suma actualidad. Por la facilidad de la exposición tendré que emplear con frecuencia las expresiones de Chaco Paraguayo y de Chaco Boliviano, dando a entender así las regiones del Chaco ocupadas por uno u otro de estos países. No hay que ver, pues, en esto más que expresiones cómodas y sin valor político.

En Septiembre cuando inicié mi viaje los arroyos contenían ya poca agua y la lancha con la cual tenía que remontar el Confuso encalló y no fué posible salvarla. El Ministro de la Argentina en Asunción y varios estancieros establecidos cerca del Pilcomayo me ofrecieron muy gentilmente hacerme pasar por el territorio argentino.

De esta manera y acompañado por un sargento paraguayo como baqueano, penetré en el Chaco Paraguayo por el Fortín del Gral. Briguez, sobre el Pilcomayo, pasando luego al For-

(1) El presente trabajo fué primitivamente ofrecido por el autor bajo la forma de dos conferencias que pronunció en la Facultad de Humanidades de La Plata y en el Museo de Historia Natural de Buenos Aires. Su redacción actual es el resultado de la compilación y traducción verificada por el catedrático titular de Prehistoria de esta Facultad, profesor don Fernando Márquez Miranda, a pedido de las autoridades de esta casa y del autor.

tín Gral. Delgado y después de cruzar el Estero Patiño llegué a Puerto María sobre el Confuso y finalmente al Gral. Aquino que es el fortín principal de esa zona. Toda esa región, como también la que bordea el río Paraguay, es la más pobre y triste del Chaco.

Del Pilcomayo hasta Nanawa se ve casi únicamente palmares alternando con esteros y rarísimos campos secos donde crecen plantas espinosas, como ser la algarroba y numerosos atunes. Durante la mayor parte del año los palmares se inundan haciendo tan uniforme toda esa región que el viajero corre serios riesgos de perderse. Pero en el tiempo de sequía, que dura más o menos de Septiembre a Noviembre, todo cambia: los palmares se secan, la tierra endurece y se agrieta, la mayoría de los pantanos no ofrecen a la vista más que una vasta superficie de bambúes resecos entre los cuales escasos charcos conservan un poco de humedad. El pantano se ha transformado en un desierto de sed. Basta sin embargo, un día de lluvia para que todo aquello se inunde nuevamente pareciendo el agua brotar del suelo.

El Estero Patiño, ese inmenso pantano, hace excepción presentando en cualquier época del año serios obstáculos para atravesarlo, y sus aguas son siempre dulces.

El régimen de los arroyos de esa parte del Chaco es muy interesante. Toda la tierra está impregnada de sales. En las épocas de creciente, el agua de los arroyos es potable pero en cuanto su nivel baja esas aguas se vuelven cada día más salobres y en muchos ríos completamente impropias a la vida. Se presencia entonces un fenómeno de gran importancia para la zoología y la biogeografía. Cuando las aguas alcanzan un determinado grado de salinidad los peces empiezan a perecer en gran cantidad: especie tras especie. En esa agua salada no se descomponen enteramente yendo a depositarse en los remansos en capas espesas recubiertas de aluviones. El Estero Patiño es entonces el gran vivero donde se conservan los pescados que vuelven a las aguas del Pilcomayo y del Confuso en cuanto las primeras lluvias disminuyen la salinidad de las aguas.

El origen de numerosas capas de pescados fósiles ha sido interpretado de maneras muy diversas.

Creo, y es la opinión de varios especialistas de París que consulté a este respecto, que fenómenos análogos a los del

Chaco, pero en mayor escala, han provocado su formación. La destrucción periódica de la población íntegra de un río debida a la variación de la salinidad de las aguas, que se repetía periódicamente, explican sin dificultad el origen de esas inmensas capas formadas de restos de pescados que se observan en diversos terrenos.

Antes de terminar esta primera parte quiero esbozar una pequeña síntesis de la biografía del Paraguay. Como biólogo pensaba encontrar en el Chaco, un importante terreno de estudio. He podido realizar muy interesantes observaciones, pero fuí impresionado por el carácter pobre de la fauna. En vez de encontrar una fauna particular, original, propia, de ese ambiente tan particular, no hallé sino una fauna muy reducida desde el punto de vista de las especies. Fuera de algunos grupos acuáticos es sumamente pobre y en un primer examen tal como se puede hacer en viaje, aparece desprovista de toda originalidad. Está compuesta sobretudo de elementos del norte venidos del lado del río Paraguay y de los cuales muchos presentan afinidades marcadas con la fauna de Amazonas. A estos primeros elementos se han mezclado otros, venidos del Sud; en fin, especialmente en la parte central, aparecen unas especies vinculadas con la fauna andina. Hablando en Asunción con nuestro colega el botanista Fiebrig, éste me dijo haber llegado al mismo resultado en botánica.

La región del Alto Paraná, es mucho más rica y variada. Contiene aún una importante proporción de especies del norte de tipo amazónico y generalmente muy diferentes de las de la fauna del Paraná Brasileño.

Esto es particularmente nítido en los ofidios y los arácnidos. Se encuentran todavía especies venidas del Sud, sobre todo en los campos, pero muy pocas de ellas se asemejan a las del litoral del Paraná Brasileño a cuya misma latitud el clima y la flora son muy distintos.

II

LOS MAKÁ

Entre las tribus indias que habitan el lado Paraguayo, dos particularmente son interesantes: los Maká, al Sud y los Moros, al Norte. Estos últimos esparcidos en pequeños grupos vagan por la región norte de Bahía Negra, pareciendo tener «habitat» principal en el Cerro de San Miguel, ya en la parte Boliviana. Han permanecido salvajes y conocemos muy poca cosa a su respecto, suponiendo, pero sin pruebas, que son Chamacocos bravos. Son peligrosos para los cazadores y los soldados aislados, hiriéndolos con sus flechas muy cortas y ultimándolos luego con sus garrotes. Como su ubicación hace imposible un viaje por esa región, estudié únicamente los Maká. Estos, que viven más allá del Estero Patiño, al norte del Confuso, hasta cerca de los fortines Nanawá y Samaclay, son poco numerosos. Estimo que no pasan de 800 a 1.000 individuos.

Es hacia el Norte del Confuso que me encontré por la primera vez con los Maká. Hacía ya varios meses que vivían en los bordes del río, alimentándose de pescados muertos. Varios habían estado enfermos; por esa razón el hechicero de la tribu había decidido transportar el campamento a otro punto.

Después de dos días de búsqueda los encontré a las nueve de la mañana en el momento en que emprendían la última etapa a fin de llegar a la nueva toldería construída de antemano por algunos de sus compañeros. Caminaban todos en larga fila: los hombres llevaban sus arcos, sus flechas y otros pequeños objetos, en tanto que las mujeres se plegaban bajo el peso de grandes bolsas de caraguatá que contenían todos los demás útiles de la tribu. El Maká es, tal vez, el tipo más lindo de indio chaqueño, más alto que el Toba, pues su altura media es de 1,72 mts., llegando a medir 1,78 o 1,80 mts.

Grandes, de musculatura bien desarrollada, la tez oscura y de nariz gruesa. Los hombres usan solamente una banda de lana tejida con la cual se ciñen la cintura y las mujeres tienen una igual, pero de cuero. Tienen la cara tatuada y en las ore-

jas se ponen gruesos discos de madera adornados con una placa de metal. Todos tienen la cara completamente depilada: la barba, los bigotes, las pestañas y las cejas, cosa que les da un aspecto extraño. Hace solamente algunos años, cuando fueron establecidos los primeros fortines en esas regiones, los Maká se pusieron en relación con los civilizados por intermedio de las tropas de ocupación. Inteligentes, codiciosos, algunos han aprendido un poco de guaraní para cambiar pequeños objetos con los soldados de los fortines. Son bastante hospitalarios y me recibieron bien, pero exigen grandes regalos a cambio del menor objeto. Viven en pequeñas tolдерías de 50 a 100 personas. Las chozas, alargadas, bajas, estrechas, hechas con ramas plantadas en el suelo, unidas arriba en forma de bóveda y cubiertas de paja, con muy pequeñas aberturas, se encuentran en grupos, orientadas hacia el norte o hacia el este.

Cultivan pequeñas chacras de mandioca, maíz y zapallo pero su principal recurso son la caza, la pesca y los cogollos de palmas. Los más pesados trabajos están a cargo de las mujeres. Ellas construyen las casas, van a buscar agua, leña, cogollos de palma y cocinan. También hilan y tejen, hacen las bolsas, cuidan sus hijos, ocupándose además de la mayor parte de los cultivos. El hombre por su parte caza, pesca, confecciona sandalias de cuero, bolsas con piel de avestruz, calabazas, y alfarería grosera.

Un cacique, el "shlakaisé", asistido él mismo de jefes secundarios, como consejeros, dirige la tolдерía. Estas dignidades son hereditarias, más nominales que efectivas; la única y verdadera autoridad la ejerce el hechicero, el "waietá", que representa el curandero, el exorcista y es un personaje intermediario indispensable entre la divinidad y el indio en casi todos los actos de la vida; no se hace nada sin su permiso previo; él es quien resuelve en última instancia los cambios de la tolдерía, la época en que deben efectuarse las plantaciones, las grandes cacerías o las grandes pescas, la guerra, etc. . . . Asiste también a los nacimientos y a los entierros, da el nombre a los niños. En las circunstancias graves va solo por la noche al bosque para invocar la deidad; resuelve hasta los asuntos íntimos; cuando un indio desea desposar una joven no pide su mano a los padres sino al hechicero. Para curar un enfermo el hechicero reúne tres o cuatro auxiliares. Se arrodillan alrededor del enfermo ex-

tendido sobre una estera. Empieza a cantar de manera sorda, luego el tono se hace más alto; sigue así durante horas, interrumpiéndose por momentos para chupar la parte del cuerpo donde está localizado el dolor. Cuando el paciente cansado por este ruido cae en estado de sopor, el hechicero lo declara curado. En una toldería Maká es excepcional pasar una noche sin oír el canto del hechicero. No parece en cambio utilizar plantas medicinales u otros remedios. Contrariamente a otros indios el hechicero no trabaja, no va ni a la caza ni a la pesca a menos que lo haga por placer. Los demás le dan siempre su parte. Sus servicios no son gratuitos, exige en pago víveres, ponchos, bolsas, collares, etc. No lleva ningún signo exterior que indique su dignidad pero se distingue siempre por la cantidad y belleza de sus collares, dados por sus fieles.

A pesar de la influencia del hechicero sobre los Maká, los observadores superficiales han creído que esos indios no tienen religión. Se debe, como lo he hecho yo, permanecer varios meses entre ellos y vivir su vida para ganar su confianza. En realidad los Maká no tienen ningún culto, "No conocen Dios", me contestaban siempre, pero el hechicero lo conoce. Su poder viene del privilegio de ser el único intermediario entre el indio y la divinidad.

En w o m é , el dios de los Maká, aparece a veces al hechicero bajo la forma de un hombre alto, hermosísimo, el ropaje adornado y la cabeza cubierta de flores; tiene espléndidas armas de fuego de color brillante. El cielo, la tierra, las plantas y los animales son su creación. Al principio sólo hizo algunos hombres y mujeres pero éstos eran salvajes y escaparon al monte. Dios los buscó, los juntó y los puso bajo un mosquitero, un día después eran mansos.

Después de muertos los Maká van a morar en campos con hermosos bosques y arroyos donde se divierten en cazar pero sin poder verter sangre, siendo los animales capturados con el lazo y luego muertos a golpe de maza.

La noche, particularmente en primavera, cuando madura la fruta de la algarroba, los hombres casados se reúnen para beber chicha. La preparación de esta bebida es bastante larga: las frutas maduras son primeramente masticadas por las mujeres y puestas a entibiar en grandes calabazas cerca del fuego; generalmente agregan miel. Se necesita cerca de 24 horas para

preparar la chicha. La fiesta empieza más o menos al mediodía y dura hasta muy avanzadas horas de la noche. Sentados bajo leves abrigos de plumas, los hombres beben en pequeñas calabazas que pasan de mano en mano. Muy poco alcoholizada, de gusto agrio y de aspecto turbio, la chicha embriaga lentamente y es solamente al anochecer después de seis u ocho horas de beber que sienten su primer efecto. Muy excitados entonces los Maká hablan todos en voz muy alta, gritan, cantan, a veces pelean hasta que finalmente caen profundamente dormidos. Alrededor, los jóvenes, las mujeres y los niños los miran sin beber. Los juegos de azar, son otro de sus vicios. Hombres, mujeres y niños fuman también mucho y un Maká nunca viaja sin llevar consigo una pipa que guarda en una bolsita colgada del cuello.

El baile es la gran distracción de los solteros, siendo su música constituida por flautas y calabazas llenas de semillas. Los Maká son unos de los mejores tejedores del Chaco; el trabajo de sus ponchos y fajas es mucho más fino que el de sus vecinos: Toba, Lengua, Sugin, etc. Piden entretanto precios muy altos: por un poncho las mujeres quieren un caballo y los hombres una escopeta, sirva o no. En cuanto al caballo las mujeres lo emplean para el transporte de todos los objetos de la familia que suelen llevar cargadas.

El arco y las flechas son sus únicas armas. El arco es pequeño, redondo y las flechas cortas. Para cazar las avestruces se cubren de ramaje con el fin de poder acercarse a ellos.

Los Maká tienen generalmente una sola mujer y les es prohibido mantener más de una en la misma toldería. Pueden sin embargo poseer una esposa en distintas tolderías. Esto resulta sumamente práctico para ellos, pues una costumbre siempre observada prohíbe a los hombres extraños a un campamento permanecer en el mismo; deben construirse una pequeña choza a la entrada de la toldería. Pocos son sin embargo los Maká que usan del privilegio de tener esposa en varias tolderías.

Al cabo de tres meses pasados entre los Maká, dejé definitivamente la región del Confuso y me dirigí al fortín de Nanawa. Fué a los pocos días del primer combate de Samaclay en Noviembre de 1931. Mi presencia en esa región siendo poco oportuna tuve que dejar el Chaco e irme a Concepción.

Esa parte central del Chaco cerca de Nanawa y Samaclay

es muy distinta a la zona del sud. A partir de los fortines Valois, Rivarola y Mariscal López, el terreno es un poco más elevado, muy seco; los palmares desaparecen por completo. Son campos con numerosos bosques muy favorables a las guerras de emboscadas. Hay escasos pantanos. La vegetación toma un notable aspecto xerofítico: en todas partes se ven plantas espinosas, numerosos cactus, algarrobos, espinillos.

En los bosques abundan los quebrachos y el palo santo. Algunos arroyos atraviesan esa región. Los principales son: el Río Negro, el Monte Liudo que pasa por Samaclay y el Río Verde. Sus bordes son escarpados formando pequeños cañones. Durante las sequías las aguas son saladas. En esa región desolada se hallan Samaclay, Arce, Saavedra, Boquerón, es decir, toda la zona actualmente en guerra. Nanawa está situada a unas setenta leguas de la costa del Río Paraguay, y un poco al norte de Concepción. Durante veinte leguas el terreno guarda ese aspecto árido, siguiendo después hasta el río, cincuenta leguas de palmares y pantanos parecidos a los del Confuso y Pilcomayo.

En la parte del Chaco ocupada por el Paraguay no existen hoy indios guaraníes, mientras que la parte oriental está principalmente habitada por ellos.

He estudiado muy detalladamente la región del Caaguasú. Hasta el Paraná es toda selva con numerosas explotaciones de madera y de yerbales naturales o artificiales. La región muy accidentada llamada la Cordillera, entre Caaguasú y Carayao, está completamente desierta. Los vecinos la llaman el último desierto del Paraguay. La vegetación es muy rica; numerosos arroyitos pedregosos corren sea del lado de Paraná o sea del lado del Paraguay. Hay grandes cantidades de hermosos árboles de distintas clases: cedros, lapachos.

Varias tribus indias viven aún en esa región.

Excepto los Guayaki, que han permanecido fuera de todo contacto con la civilización, todos estos indios son conocidos bajo el nombre genérico de Kaiguas o mejor de "Kaa'üg-wá" vale decir, habitantes de los montes, calificativo que ellos juzgan mortificante. En realidad estos indios constituyen diversas tribus o parcialidades y hablan dialectos diferentes.

Por el hecho de vivir en estrecho contacto con los civilizados no es sino excepcionalmente que han llamado la atención del

etnógrafo. Conservan, sin embargo, además de su dialecto, que sería urgente estudiar, numerosas tradiciones de sumo interés donde se nota la influencia jesuítica mezclada a las creencias primitivas de los Guaraníes.

De entre estos indios he estudiado más particularmente los mbwiha, que viven en los montes desde Villa Rica hasta el Paraná y desde la línea del Carajao San Joaquín al norte hasta el límite del bosque al Sur.

Estos indios esconden cuidadosamente a los extranjeros sus tradiciones y costumbres; la mayoría hablan con ellos el guaraní corriente del Paraguay.

Es muy difícil inspirarles confianza, pero aquí, como en otras circunstancias análogas, algunos enfermos tratados, mis estudios sobre los animales venenosos y sobre todo mi modo de manejar las víboras y las arañas, han fuertemente impresionado sus imaginaciones y me han valido su confianza. Con ellos he pasado más de ocho meses, utilizándolos como baqueanos en mis viajes hacia los Guayaki; y por la noche, en el monte, tomando mate alrededor del pequeño fuego del campamento, los mbwiha se mostraban expansivos.

No diré más que algunas palabras sobre su religión: han conservado, modificado, el antiguo culto del sol, pero, y esto es de suma importancia, Tupan, Dios bueno y sobre todo moral, perdió una gran parte de su importancia a expensas de otro Dios: Ñamandú, el sol, considerado como divinidad y como el Dios de la vida.

Los mbwiha tienen cuatro grandes dioses: al Sur, lejos, tan lejos que no se le puede hacer oración, Orénañá el padre de los dioses y de los hombres, el creador del universo; al naciente, Ñamandú, el sol, el dios que permite el desarrollo de la vida, es a él a quien se ora lo más a menudo; al poniente Tupán, el dios bueno, que da a cada cual, al nacer, las cualidades y defectos que caracterizan al individuo; al norte ñairá, el dios de la venganza, el que castiga a los criminales y que es también el dios de la muerte. En el cielo viven los demonios inspiradores de los malos pensamientos. Ninguno de estos dioses es casado, sin embargo engendran hijos poco disciplinados y a menudo Ñamandú tiene que castigarlos con su espada deslumbrante. Es esta una de las causas de los truenos y de los relámpagos. Cada invierno los dioses y los demonios envejecen pero a cada pri-

mavera se lavan con un agua cuyo secreto les pertenece y rejuvenecen. En los principales actos de la vida, los mbwiha hacen oraciones a Ñañandú, más excepcionalmente a Tupán o a ñamarurú süeté; a ésta, madre de Ñamandú, se la considera la protectora del campamento, del tapúi como dicen los mbwiha. Estas oraciones son interesantísimas y denotan una acentuada influencia cristiana en su inspiración, así como en su forma, sea que los mbwiha hayan sido influenciados por un prolongado contacto con los civilizados o sea más bien que, parte de ellos, hayan sido evangelizados y hayan retornado hacia el monte y el culto ancestral después de destruídas las Reducciones Jesuíticas.

A la inversa de los mbwiha, los Guayaki que viven casi en la misma región, han permanecido completamente salvajes. No hablaré ahora de ellos, dejándolo para la segunda parte de este trabajo.

Fuera de la etnografía, el Paraguay ofrece un inmenso campo de estudios. En la región de la Cordillera se ha señalado la presencia de interesantes petroglífos, tales como los que he descrito de dos puntos distintos de cerro de Villa Rica. El estudio de las antiguas necrópolis es otro asunto capital. Cerca de Asunción exhumé urnas funerarias de diversos tipos, pequeñas vasijas, objetos de piedra, etc. En distintos puntos del Paraguay, el suelo contiene gran cantidad de fragmentos de alfarería que necesitarían largos estudios.

III

LOS GUAYAKI

La tribu de los Guayaki es, actualmente, una de las menos conocidas, de cultura de las más rudimentarias — no diré primitiva, ya que esta palabra no significa gran cosa — y, desde todos los puntos de vista, una de las más interesantes de América.

Estos indios han permanecido *en apariencia*, completamente aislados, en medio de las poblaciones que los rodean, indígenas o civilizadas. Veréis, en seguida, por qué empleo intencionalmente esta expresión: “en apariencia”. Ellos no tienen, ac-

tualmente, ningún contacto directo con los otros indios ni con los paraguayos.

Son habitantes de la gran selva, viviendo en las partes más retiradas de la accidentada región conocida con el nombre de Cordillera del Paraguay. El avance de la civilización, el desenvolvimiento de la explotación forestal y la extensión de los yerbales, han reducido considerablemente su territorio. En otra época habitaban desde el Mondahy, al Norte, hasta los linderos de la selva al Sud y al Oeste, y hacia el Este llegaban hasta el Paraná. Hoy han quedado separados en tres grupos por el avance de la civilización: uno, de poca importancia, en la desembocadura del Mondahy; otro en la región situada entre Carayá-ó, Ajos y Caaguasú del cual algunos llegan a frecuentar hasta el Cerro de Villa Rica; el tercer grupo habita más al Sud, entre San Juan Nepomuceno y el Paraná. Los más interesantes son los miembros del grupo de Carayá-ó y de Caaguasú.

Los Guayaki no han podido ser nunca observados en estado natural. Hasta encontrarlos era muy difícil. No sólo no se contentaban ellos con evitar la aproximación de los extranjeros, ya fuesen indios o civilizados, sino que están en estado de constante hostilidad con aquellos. Son vecinos incómodos para las estancias. A menudo, sobre todo durante el invierno o en los días lluviosos, avanzan hasta las orillas del bosque para matar a flechazos bueyes y caballos, pero preferentemente a estos últimos, sin duda porque una vez heridos son menos peligrosos que los bueyes semi-salvajes de la región. Los despedazan, en seguida, con ayuda de sus hachas de piedra y de astillas de bambú muy cortantes, el takwa-pi, llevando los trozos a varias leguas de distancia, en la selva, hasta sus campamentos. Realizan también pillajes en los sembrados de maíz y de mandioca.

Cuando los estancieros han sufrido pérdidas demasiado grandes organizan batidas contra los Guayaki. Por su parte, éstos atacan a los cazadores o a los trabajadores aislados. En el año 1932, todavía, ha habido en la región de Caraya-ó tres personas gravemente heridas por las flechas de los Guayaki y, cerca de Ajos, éstos hacían, casi semanalmente, una excursión al límite de la selva. Hace poco tiempo uno de mis guías mbwiha encontró a un Guayaki persiguiendo a un jabalí, recibiendo un flechazo que le atravesó las dos manos.

Este estado de cosas, lamentable desde el punto de vista humanitario, traerá como consecuencia, a breve plazo, la destrucción de esta raza tan interesante. No es posible evaluar exactamente el número de los Guayaki, en la actualidad. En la región de Caaguasú a Ajos no son más de doscientos a trescientos. En total, no deben alcanzar a un millar.

De Febrero a Octubre de 1932, he encontrado y observado a los Guayaki en tres oportunidades diferentes en esta misma región de Ajos a Caaguasú, entre las fuentes del Yakwarỹ y del Jovatirỹ y las del arroyo Guasú y del arroyo Horvỹ. A la terminación de las dos primeras expediciones hemos sido atacados, bastante vivamente, por los Guayaki.

Toda esta región es muy accidentada y cubierta por la gran selva que se extiende hasta el Paraná. Los Guayaki no poseen ninguna plantación, tomando todos sus medios de vida de la caza, de la pesca y de algunos productos salvajes. Estas condiciones de existencia les obligan a ser esencialmente nómades; no permanecen más que uno o dos días en el mismo sitio, poniéndose en marcha hacia las ocho o las nueve de la mañana, cuando el rocío, tan abundante en esas regiones, comienza a evaporarse. No tienen, pues, aldea o centro de población, viviendo por pequeños grupos de diez a veinte individuos. A veces, sin embargo, se reúnen en tropas más numerosas, quizás en ocasión de grandes cazas o de grandes pesquerías. Es así como en el mes de Abril, he encontrado alrededor de 70 Guayaki, entre hombres y mujeres, que habían reunido una gran cantidad de carne de jabalí, de tapir, de mono y de coatí. Pero yo creo que este es un hecho excepcional.

Por todas partes, en la región de Ajos a Caaguasú se ven rastros de la existencia de los Guayaki: ramitas rotas que sirvieron para jalonar su marcha, agujeros en la espesura y, sobre todo, troncos de palmeras pindo cortados. La palmera es la planta más útil para los indios. Comen sus frutos y la yema terminal, se sirven de las hojas para sus trabajos de cestería, extraen del tronco una harina grosera que es uno de los principales elementos de su alimentación. También retiran de los viejos troncos podridos las gruesas larvas de coleópteros a los que son muy aficionados pero, a diferencia de los mbwiha, las comen crudas. Bien asadas estas larvas constituyen un alimento pasable, crudas yo no he tenido el valor de probarlas: ¡has-

ta la pasión por la Biología tiene sus límites! . . . En una región frecuentada por los Guayaki todas las palmeras son abatidas y las marcas dejadas en los troncos por las hachas de piedra son completamente características; estas hachas no son cortantes, aplastan las fibras y toda la sección horizontal del corte, presenta un aspecto martillado muy típico. Me he preguntado a menudo, cómo con instrumentos tan primitivos pueden cortar un tronco tan duro como el del lapacho.

Cerca de la orilla del bosque los rastros de los Guayaki son raros, haciéndose cada vez más frecuentes a medida que nos internamos, pero no es a menos de ocho o diez horas de allí que se encuentran los primeros campamentos. Estos se reducen a muy pequeños claros artificiales en medio del bosque, en los que toda la vegetación ha sido cortada, siempre a la mitad de la cuesta de una colina para evitar la vecindad del agua y de los mosquitos tan numerosos en los arroyos. Hogueras, cinco o seis por término medio, rodean al campamento; los leños encendidos son dispuestos en abanico hacia el exterior, lo que permite a los indios acostarse casi contra el fuego, pues estando enteramente desnudos son muy friolentos.

Generalmente los Guayaki no conocen ningún abrigo; solamente cuando llueve juntan palmas sobre algunas ramas. Todo este armazón no tiene un metro y medio de alto.

Los arcos y las flechas son apoyadas contra los troncos de los árboles, las grandes cestas, los ñokón, son colocadas sin orden en el interior del campamento y todos los objetos usuales son dispuestos sobre el suelo. Generalmente a algunos metros del campamento principal existe otro pequeño lugar limpiado de vegetación, rodeado de dos o tres fuegos, donde los indios atan los animales vivos que conservan con ellos: monos, jabalíes, coatís, tatús, pájaros, etc.

Los campamentos son muy pequeños. El más grande de los que he encontrado, aquel que estaba habitado por cerca de 70 personas, medía 20 metros de largo por 8 de ancho y estaba rodeado por 15 fuegos.

Los campamentos son disimulados en las espesuras y, a veces, rodeados a pequeña distancia por arbustos derribados destinados a proteger contra un posible ataque.

En la región completamente desierta, a 15 o 20 leguas al interior de la selva, entre dos cadenas de colinas cuyas aguas

corren en el Oeste hacia el Paraguay y en el Este hacia el Paraná, los Guayaki toman menos precauciones. Circulan por pequeños senderos, estrechos y bajos y a cada paso se ven muestras de su actividad.

Prácticamente, es sólo en esta región alejada en la que se puede observar a estos indios.

Las expediciones son largas y penosas. Es necesario llevar las provisiones y los objetos de campamento indispensables a hombros de cargadores. Imposible hacer ruido y sobre todo cazar, para no asustar a los Guayaki. Como la caza es abundante, los peones están sometidos a rudas tentaciones. El terreno es accidentado, la selva muy densa. En las pendientes, matorrales de lianas y cañas, los takwarembó, hacen la marcha muy difícil. La visión es limitada a pocos metros y esta masa densa de vegetación provoca a la larga un sentimiento de angustia, y a pesar de todo un raro y conquistador encanto se desprende de la selva, volviéndose irresistiblemente hacia ella. Al regreso de cada expedición, fatigado, agotado, me proponía no volver a comenzar, más después de ocho días preparaba un nuevo viaje y mis peones, olvidando su cansancio y todo lo que habían dicho, estaban satisfechísimos de volver a partir.

De Febrero a Octubre, he encontrado tres veces a los Guayaki, pero hemos hallado más de 80 campamentos, más o menos recientemente abandonados. En estos viajes cuatro peones paraguayos y tres guías caiguá me acompañaban. Estos últimos son excelentes buscadores de pistas, pero tienen un miedo terrible a los Guayaki. En cuanto los rastros de estos indios eran recientes hacían todo lo posible por perderlos.

El *Journal de la Société des Américanistes* ⁽¹⁾, ha publicado

(1) El *Journal de la Société des Américanistes de Paris* ha publicado en el fascículo I, t. XXIV, de su nueva serie (215-218, París, 1932), bajo el título de *Exploration du Dr. Vellard au Paraguay*, una interesante carta de éste con las primeras noticias de su fructuosa expedición. El estudioso podrá encontrar la bibliografía — particularmente europea — sobre los Guayaki en *La civilisation matérielle des tribus tupi-guaraní*, de ALFRED MÉTRAUX (París, Geuthner, 1928). A los estudios de LOZANO, VON STEINEN, DE LA HITTE, EHRENREICH, VOGT, MARTENS, KUNIKE y MAYNTZHUSEN, citados por aquél, corresponde agregar los de F. LAHITTE (*Guayaquíes y Anamitas*. En *Revista del Museo de La Plata*, VII, 453-459, 1898), ROBERTO LEHMANN-NITSCHÉ (*Quelques observations nouvelles sur les indiens Guayaquis du Paraguay*. En *Revista del Museo de La Plata*, IX, 399-408, 1899) y GUILLERMO TELL BERTONI (*El Indio Guayaki*. En *Annaes do XX Congresso Internacional de America-*

el relato de mi primer encuentro con los Guayaki. Hacía diez días que recorriamos la selva, en una región muy frecuentada por los indios. Por todos lados había campamentos recientemente ocupados, palmeras derribadas, colmenas silvestres destrozadas y, en diversas ocasiones, habíamos sentido, a poca distancia, ruidos de hacha y gritos de reunión de los Guayaki imitando el chillido del mono o los largos silbidos del tapir.

Después de dos alertas infructuosas, avanzábamos en silencio en la selva, cuando, a eso de mediodía, hemos enviado en descubierta dos guías caiguá. Estos no volvieron. Un peón, que había partido con el último, volvió solo. Los otros nos habían abandonado. Aproximándonos un poco, hemos podido observar a los Guayaki, desde alguna distancia, hasta la media noche. Primero no había más que 3 ó 4 mujeres en el campo y un bebé, de algunos meses, que se arrastraba por el suelo y a quien, de tiempo en tiempo, llevaba la madre a caballo sobre su cadera. Las mujeres preparaban fibras de samahú, de las que ellas hacen sus cuerdas y cordeles, y asaban la carne. Poco a poco el campamento se fué llenando de gente. Mujeres acompañadas de varios hombres llegaron llevando grandes cestas llenas de naranjas amargas y de miel. Otros hombres, volvieron de la caza, por pequeños grupos de 3 ó 4. Habían muerto dos jabalíes, un hutía y un mono. Anunciaban su llegada silbando. Mientras que las mujeres hacían cocer la carne, de la que guardaban en las cestas gruesos trozos, los hombres preparaban flechas. Desgraciadamente, no he visto trabajar cerámica ni vasos de cera. Todo el campamento estaba muy animado; estos indios tienen una voz fuerte y gutural. Los más jóvenes se divertían en ver quién golpeaba más alto, en un tronco de árbol, con su hacha. A la noche, mientras que unos dormían, otros cantaban, acompañándose con flautas de hueso. Su canto se reducía a un zumbido muy ritmado, sin palabras. No bailaban, aunque saben danzar. Sólo a media noche se hizo silencio y, durante toda la noche, de tiempo en tiempo, algunos indígenas se levantaron para reanimar el fuego. Dormían

nistas, I, 103-110, Río de Janeiro, 1924, reproducido en folleto con leves modificaciones: Asunción, La Colmena, 1927).

El doctor Alfred Métraux, director del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán y compañero de delegación del doctor Vellard al XXVº Congreso Internacional de Americanistas, ha tenido la gentileza de revisar el manuscrito y aconsejar algunas substituciones fonéticas, en atención a que la imprenta en que se edita el presente trabajo carece de los signos diacríticos usados en el texto. — (*Nota del Traductor*).

acostados unos contra otros, ya de boca, ya encogidos con la cabeza entre las manos. Hombres y mujeres mezclados.

En varias ocasiones, cuando llegaban Guayaki al campamento, los indios habían parecido estar inquietos. Debían sospechar nuestra presencia en los alrededores. A eso de media noche nos habíamos retirado a alguna distancia, esperando que al alba podríamos aproximarnos a los Guayaki y entrar en relaciones con ellos. Una hora antes de amanecer, cuando nos poníamos en marcha, un indio blandiendo un tizón se levantó de un matorral, al mismo tiempo que nos llegaba una descarga de flechas. Protegidos por la obscuridad ninguno de nosotros fué alcanzado por ellas. Mis hombres tenían la orden de tirar al aire. Los Guayaki se dispersaron y poco después estábamos en su campamento, pero éste se encontraba vacío. Por dos veces más, ese día y el siguiente, intentaron atacarnos todavía.

Sólo a la vuelta de la expedición encontré a nuestros guías fugitivos. Viajando habían encontrado un pequeño campamento de los Guayaki, ocupado solamente por dos mujeres y una criatura. Las mujeres huyeron y ellos se apoderaron de la chiquita y de una olla de miel.

La pobre pequeñita fué muy maltratada durante esos pocos días, por ello se la quité a los caiguá, no sabiendo bien qué destino darle. Después se ha convertido en nuestra muñeca.

Los Guayaki viven enteramente desnudos, tanto hombres y mujeres, como niños. No se tatúan y no deforman su rostro de ninguna manera. Las mujeres dejan caer sus largos cabellos sobre sus espaldas.

Los hombres llevan los cabellos cortos, con una mecha por delante y otra por atrás y una pequeña corona alrededor de la cabeza.

Sus ornamentos se reducen a collares de dientes de animales, monos, capibaras y jabalíes, principalmente. A veces, de jaguares. Los llevan en bandolera, pero sin duda, solamente los días de fiesta. He encontrado muchos en sus cestos, pero muy raramente se los he visto llevar puestos. A menudo suspendían de ellos silbatos de bambú o de hueso. No parecen conocer ornamentos de plumas.

Algunos llevan en la cabeza un bonete cónico, hecho de cue-

ro de jaguar o de vaca, el *ãwã*, a menudo adornado con colas de coatí.

Para extenderse sobre el suelo, tejen esteras, ya sea de palmas, ya de hilos o fibras vegetales de diversa naturaleza: bambú, ortigas, phetodendron, bombax. A menudo estas diversas fibras alternan y forman combinaciones bastante agradables.

Todos estos trabajos se hacen a mano. Sus industrias no están muy desenvueltas: poseen pequeñas piezas de alfarería en tierra negra cruda, muy pesadas y groseras, de forma redondeada o cónica. Las más grandes no pasan de 12 ó 15 centímetros de altura.

Los grandes vasos de cera, para conservar el agua y la miel, son unos de sus objetos más característicos. Es una pieza intermedia entre la cesta y la cerámica: una espesa capa de cera es depositada al exterior de una forma de cestería muy apretada.

No tienen calabazas. No conocen los metales y no tienen ni siquiera palabras para designarlos. A todo lo que es duro le llaman *tüko*. Sus únicos útiles fuera de las espátulas de madera, son las hachas de piedra, de forma bastante particular y raspadores de hueso, hechos de dientes de hutía o de jabalí, enmangados en un hueso largo de mono o de coatí.

Su arco, muy grande, hecho de corazón de palmera *mbocayá*, es groseramente aplastado. La cuerda está hecha de fibra de *samului*; es muy poderoso y los *caiguá* no pueden servirse de él. Las flechas, muy largas — algunas alcanzan a dos metros — están armadas de una punta de madera dura, aplanada, dentada de un lado, o terminadas por una bola, según el objeto a que están destinadas. Su otro extremo es parecido al de las flechas guaraní. La distancia máxima de tiro de estas flechas varía entre 50 y 100 metros.

Producen el fuego con la ayuda de *silex*, empleando como yesca la pelusa del *samahu*, lo que es un hecho raro entre los indios.

Agregad a esto, cestos de diferentes tipos, estuches chatos para guardar las plumas destinadas a ser fijadas a la cola de las flechas, abanicos para atizar el fuego, y diferentes tipos de cuerdas y cordeles, los unos de fibras vegetales y los otros de pelo humano o de animales, y la descripción de los objetos encontrados en un campamento *guayaki* estará completa apro-

ximadamente. Por otra parte, estos objetos se hallan en muy pequeño número en cada campamento; aparte de los arcos y flechas que ellos se habían llevado al huir, no he encontrado más que 28 objetos en un campamento habitado por ocho personas.

Me ha sido imposible obtener precisiones sobre la organización social, las tradiciones, las creencias religiosas y las costumbres funerarias de los Guayaki. Los mbwiha me han contado, por ejemplo, que a veces les sucede encontrar cazando, a Guayaki aislados, que, en vez de atacarlos, les muestran con el dedo el Sol. Los mbwiha saben, entonces, que no tienen nada que temer y que pueden seguir su viaje sin el temor de recibir un flechazo. Esto indica, según los mbwiha que los Guayaki tienen el culto del Sol. Pero todos los mbwiha son tan mentirosos, que es imposible fiarse de la menor de sus indicaciones, y aquel hecho no puede ser retenido con mejor derecho que tantos otros datos que ellos me habían proporcionado sobre los Guayaki.

Los lazos de sociedad, los lazos familiares, según algunas observaciones que he podido hacer sobre un chicuelo de 12 ó 14 años, traído en mi última expedición, parecen bastante débiles: nunca este niño ha manifestado el menor deseo de volver cerca de los suyos, pareciendo desde el primer día muy contento de seguirnos; jamás, tampoco, ha hablado de sus padres de los que no he podido saber los nombres.

Es con este pequeño Guayaki, con quien he redactado un vocabulario bastante extenso. Se ha discutido mucho sobre el origen y los lazos de parentesco en esta tribu. Hace ya más de un siglo que el P. Hervas notaba que los Guayaki recientemente capturados mezclaban numerosos términos guaraní a palabras completamente desconocidas. Esta observación ha vuelto a ser hecha, a menudo, después de esa época, y se planteaba la cuestión de saber si estas palabras guaraní pertenecían al lenguaje propio de los Guayaki o si los cautivos guayaki la habían aprendido al contacto de los paraguayos que los habían hecho prisioneros. Para verificar este punto importante, yo aislé completamente a mi pequeño Guayaki, desde el momento de su captura, evitando todo contacto con los paraguayos y los mbwiha. Durante más de un mes lo he conservado cerca mío, en una estancia de unos compatriotas en la que no

oía hablar más que francés. Al mismo tiempo yo intentaba aprender guayaki, gracias a él. Durante ese tiempo, *nunca* ha oído hablar guaraní.

En el vocabulario así obtenido se puede observar una proporción muy fuerte de palabras guaraní puras, empleadas bajo la misma forma y en el mismo sentido que en guaraní; una proporción muy importante, también, de palabras reconocibles como de origen guaraní, pero presentando variaciones más o menos grandes en su forma y en su sentido; por fin, palabras que no tienen ninguna relación con el guaraní, según un primer examen. Son éstos, naturalmente, resultados provisionarios, pues yo acabo de abandonar la selva, no habiendo tenido aún tiempo para estudiar detalladamente los resultados obtenidos. Las palabras guaraní puras designan, principalmente, los elementos, las partes del cuerpo humano y los animales salvajes; por el contrario, las que indican una acción son generalmente extrañas, en apariencia, al guaraní. La formación del pasado de los verbos, el modo de emplear ciertas partículas son guaraníes. No he encontrado conjunción de las diferentes personas del verbo. El sentido mismo de las palabras es poco preciso: así Ka'á indica la idea general de sombra y de obscuridad y designa también la selva — Kaágwü en guaraní — como la sombra, la noche y la obscuridad. Tipi'á indica la idea general de la alimentación, de alimentos, de cosas comestibles; así como la acción misma de comer. Estos ejemplos podrían ser multiplicados: he aquí otro: garaü significa día, cielo y luz.

Los Guayaki cuentan hasta cuatro:

- 1 — itakará.
- 2 — minón.
- 3 — tanán.
- 4 — tökrán.

Esta numeración no tiene ninguna relación con el guaraní.

El estudio profundizado de este vocabulario nos aportará, sin ninguna duda, datos muy preciosos, sinó sobre los parentescos reales, al menos sobre las influencias que haya podido experimentar esta interesante raza Guayaki. ¿Las correlaciones existentes entre este idioma y el guaraní permiten hacer depender esta raza del gran tronco guaraní? No lo creo. Su cultura rudimentaria es muy diferente de la de los guaraní; la forma del arco, el vaso de cera, los sílex para producir el

fuego, etc., no tienen nada de guaraní. Por el contrario, sus flechas se aproximan mucho a las usadas por los mbwiha y otras tribus guaraní. Los Guayaki poseen, por otra parte, tan pocos objetos, y, aun, ninguno de ellos — salvo el vaso de cera y el hacha — es bien típico, que se hace muy difícil hablar de una cultura guayaki verdadera.

No hablaré de su bello tipo físico, muy particular. Agregaré, simplemente, que es muy uniforme y que la estatura de estos indios es baja; calculo en un metro y sesenta centímetros su talla mediana para el hombre y en un poco menos para la mujer.

Antes de terminar quiero agregar, aun, algunas palabras sobre un tema bien interesante. En toda la región del Alto Paraná corren las leyendas más fantásticas sobre los Guayaki. Una de las más expandidas es la siguiente: existirían dos tipos de Guayaki. Los Guayaki negros, tal como mi pequeña Ivonne y los Guayaki claros, numerosos, sobre todo, en el grupo sud entre San Juan Nepomuceno y Encarnación. Hasta se agrega que estos últimos tienen muy a menudo la piel blanca, los ojos azules y los cabellos rubios. No había concedido ninguna importancia a estos cuentos que se repiten a propósito de tantas otras tribus sudamericanas, atribuyendo su origen a la captura de algunos albinos, tal como he podido observar entre los mbwiha. Pero en Octubre, en mi última expedición, he encontrado un grupo de ocho Guayaki — 4 hombres, 3 mujeres y 1 niño — de tinte amarillo muy pálido. El muchachito es casi blanco, sus cabellos de un castaño muy oscuro, casi negros, con algunos cabellos blancos y sus ojos marrón oscuros. El tipo es, por otra parte, semejante al tipo Guayaki ordinario, muy mongoloide. Se trata, sin ninguna duda, de una mestización. ¿Cómo y cuándo se ha producido? Es esta una cuestión imposible de resolver. No sabemos todo lo que pasa en esas regiones apartadas, pero me inclino a creer que esta mestización ha debido producirse hace ya bastante tiempo por medio de niños robados, costumbre habitual a bastantes tribus indianas, bien que en el país no se haya hablado nunca de tales robos. No ha debido producirse en adultos por que, en ese caso, se encontrarían en su vocabulario palabras designando a los metales o a los animales domésticos o a algún objeto extraño. No es éste el caso y para el caballo o

el buey, animales que ellos conocen bien puesto que los matan a menudo, no tienen otros nombres que “gran animal” y “animal de carne”. Por otra parte, las costumbres y los objetos de ese pequeño grupo de Guayaki claros eran absolutamente parecidas a las de los otros Guayaki que he observado.

Habrían, aun, muchas otras cosas interesantes que decir de los Guayaki. Para terminar, dos palabras, todavía, sobre el carácter de los niños de esta raza capturados en su temprana edad y educados en las estancias de la región de Caaguasú.

Existen actualmente en esa región, 4 o 5 jóvenes Guayaki, capturados, casi todos, muy pequeños, a la edad de uno o dos años. Generalmente son muy dóciles, hasta pasivos, olvidando en muy pocas semanas lo que podían saber de su propio idioma, hasta cuando lo hablaban ya bien. Son temerosos, dulces, a menudo afectuosos. Una cosa que he podido observar largamente en los dos pequeños, es su amor innato por el orden: todo lo que encuentran lo recogen y lo guardan preciosamente, costumbre de gente para la cual el menor objeto tiene un gran valor. Su instinto de imitación está extremadamente desarrollado y se habitúan fácilmente a la vida civilizada. Ha bastado enseñar dos veces, a comer con limpieza, a nuestra indiecita, para que ella continúe haciéndolo perfectamente. Por el contrario, la memoria parece muy débil, lo que explica la facilidad con que olvidan su propio lenguaje desde el momento en que se les enseña otro. Su cerebro es comparable a un pizarrón sobre el que no puede escribirse sin borrar lo que precedentemente estaba marcado.

Tal es, en sus grandes líneas, la síntesis de lo que he podido observar sobre los Guayaki, durante mi estadía de ocho meses en la región por ellos habitada.

ALBERT-JEHAN VELLARD.